

DE BUENAS LETRAS

El tiempo petrificado

MIGUEL ARNAS

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Es un tópico quejarse de la falta de tiempo, de la velocidad que nos imprimen trabajo, obligaciones y necesidades de tal forma que nuestra vida se dispara hasta tal extremo que llegamos a casa exhaustos, no por fatiga como antaño se fatigaba el campesino o el minero, sino por velocidad, siempre corriendo de un lado a otro.

Pero no hemos pensado qué ocurriría si se nos congelara el tiempo. Tal vez no haya imagen más terrorífica que esa. Se nos debería representar cuál sería nuestra suerte: podríamos estar sentados o derechos, qué más da, y ver cómo transcurre la vida a nuestro alrededor, cómo la gente camina sometida a esa aceleración que imprime la vida hoy, todos haciendo cosas mientras nuestro cuerpo permanece ahí, paralizado porque el tiempo no pasa, seríamos invisibles para los demás porque los demás no ven el ayer ni el anteaer. Ellos no se cruzan de nuevo con ese vecino o con aquel coche verde de hace un mes o un año. Los fosilizados seríamos exánimes pero lúcidos, sin poder intervenir en nada porque nuestro tiempo se quedó en

pasado. Impotentes, espectadores sin poder siquiera pensar, solo ver, oír, oler, sentir, quizá gustar el sabor de los labios de aquella persona que nos ha atravesado como se atraviesa el aire, pero sin poder degustarlos, gozarlos, poseerlos.

La Medusa, en la mitología griega, petrificaba con su mirada. Sus víctimas quedaban así, como he descrito antes, en un estado de perfecto terror y por los siglos de los siglos, inmovilizados, solo consciencia, pues ni morían ni les pasaba el tiempo. Perseo, a quien la diosa Atenea le obsequió con un escudo-espejo, pudo decapitarla sin peligro, pues Medusa se petrificó al ver su propio reflejo. La diosa Atenea fijó esa cabeza terrible, con serpientes en lugar de cabellos, en su escudo, lo que lo convertía en una poderosa arma.

Las serpientes en continuo movimiento son lo contrario a la paralización a que sometía a sus víctimas. Las serpientes viven un presente que se convierte en futuro y que fue pasado. Las víctimas viven un presente perfecto, eterno. San Agustín decía que el pasado no existe porque ya fue, el futuro aún no existe, lue-

go solo hay presente, pero el presente es un fluir constante, inasible, veloz. De esa velocidad del presente curaba la Gorgona Medusa congelándolo, convirtiendo la muerte en eterna vida inmóvil.

Por eso no deberíamos quejarnos de ese tiempo que se nos escapa como nieve entre las manos, pues además, nos las deja frías. No deberíamos quejarnos de la falta de tiempo porque acostumbramos perderlo de la forma más deprimente. Sí deberíamos quejarnos de la velocidad impuesta por un sistema de vida del que no sabemos escapar, justo igual que si estuviéramos petrificados, en una petrificación movедiza.

Vi una vez una prensa que producía láminas para radiadores de automóvil. Funcionaba a 600 golpes por minuto. El ruido era tan infernal que la habían instalado en el interior de una urna insonorizada. La vista no era capaz de ver qué diablos hacía aquella máquina. Así estamos nosotros: metidos en una urna en la que nos encerramos nosotros mismos por incapacidad, impotencia, debilidad para salir del marasmo. En esa urna, nuestra velocidad es tan grande, tan ruidosa, tan invisible, tan impalpable, tan insulsa que nos hemos convertido en piedra, en un eterno presente terrorífico, tanto como pudo serlo el del señor Valdemar en el cuento de Edgar Allan Poe, quien sometido a hipnosis en su agonía para que le contase al hipnotizador alguna cosa del Más Allá, acabó rogando, urgiendo, exigiendo con voz cavernosa ser liberado de aquel horrible tormento, y dejado morir al fin.

¿Han visto ustedes la película 'Y Johnny cogió su fusil'? Pues eso.

Bendigamos el tiempo, el que nos es dado o nos toca en suerte, es lo mismo.